

VIDA Y PENSAMIENTO  
VOL 28, NO. 2 (2008) 103-124

# Al pie de la Cruz

PIERRE RUQUOY, CICM

**Resumen:** Descripción de la vida de inmigrantes haitianos que viven en los bateyes de la República Dominicana y cuya población vive de la cosecha de la caña de azúcar. El autor, quien a partir del 1998 fue encargado de la pastoral de los bateyes, recibió en su casa decenas de inmigrantes haitianos, y conoció de cerca las peripecias vividas y narradas por ellos mismos, acerca de las largas caminatas que los llevaron de su tierra natal a los campos de trabajo dominicanos. La indefinición de su estatus jurídico vulnera sus derechos y les obliga a someterse a condiciones inhumanas de vida.

**Abstract:** The article describes the life of Haitian immigrants living in the bateys (sugar worker's towns) of the Dominican Republic who earn a living off the sugar harvest. Involved in ministry in the bateys of the Dominican Republic since 1998, the author received dozens of Haitian immigrants in his home and learned first hand of their experiences, including the long pilgrimage from their homeland to the Dominican sugar fields. Vulnerable because of their undefined legal status, these immigrants are forced to submit to inhuman working conditions and are denied basic human rights.

---

**Palabras clave:** inmigrante, batey, éxodo, trabajo forzado, identidad.

**Key words:** immigrant, batey, exodus, forced labor, identity.

## 1. UN HALLAZGO

La encontré en el famoso mercado de hierro ubicado en el centro de Puerto Príncipe, la capital de Haití. Se encontraba en el piso, cubierta de polvo. El vendedor se sorprendió al ver que alguien se interesaba en ese pedazo de madera sucio que tenía más de diez años en el cajón del olvido. Al verla, oí el grito de los picadores de caña que viven la vida con el perfume de la muerte cubriendo todo su ser. Al mirarla, percibí el gemido de los niños dominicanos de ascendencia haitiana que no tienen futuro porque se le niegan el derecho a existir legalmente. Al contemplarla, palpé el dolor de todos los habitantes de los bateyes de la República Dominicana que, día tras día, enfrentan el hambre, la marginación y las humillaciones de todo tipo. Saqué unos cuantos *gourdes* (la moneda de Haití) de mi bolsillo y las entregué al vendedor que me respondió con una sonrisa grande como una auyama. Entonces, cargué con la hermosa cruz de madera, la deposité en la camioneta del batey y me puse de camino hacia la frontera dominico-haitiana.

Al llegar a la casa curial del Batey 5, pasé unas cuantas horas limpiando la cruz y la colgué en el centro de la pared del comedor. Con sus brazos extendidos hacia el cielo, el Crucificado, negro como los pobres de la parroquia, parecía invitarme a seguirlo. No sé cuantas horas dediqué a contemplarlo... Cuando una víctima de los traficantes de seres humanos llegaba hambrienta, sucia y exhausta a mi casa, yo la instalaba en una mecedora frente al Crucificado. No se daba cuenta que, al escucharla contarme sus desgracias, no la miraba a ella sino al Maestro clavado en la cruz. Cuando un joven dominicano de ascendencia haitiana llegaba a mi casa

*No se daba cuenta  
que, al escucharla  
contarme sus  
desgracias, no la  
miraba a ella sino  
al Maestro  
clavado en la cruz.*

después de haber sido tratado como extranjero por los agentes de migración, yo lo instalaba en la misma mecedora frente a la misma cruz. Tampoco él se daba cuenta que, mientras tomaba el cafecito y contaba su historia, mi mirada estaba dirigida en los ojos del Crucificado.

Esta cruz haitiana presidió todas las Eucaristías del Batey 5 y estuvo encabezando todas las marchas de protestas contra los abusos del Consorcio Azucarero Central. Cuando los dominicanos de ascendencia haitiana se movilizaban para exigir el respeto de sus conucos y para pedir a los patronos del Ingenio azucarero que dejaran de destruir su fuente de vida, la Cruz parecía bailar al ritmo de los gritos de rabia de los campesinos despojados de su tierra.

La Cruz me acompañó en los momentos de dolores, en los días de fiesta y en los meses de persecución. El 17 de noviembre del 2005, cuando fui forzado de dejar la República Dominicana, la misma Cruz cruzó conmigo el océano para pisar tierra africana. Hoy, está aquí conmigo, frente a mis ojos. Está clavada en plena sabana de Zambia. Cuando, al anochecer, despido el día junto con 30 niños huérfanos que viven conmigo, veo otra vez las caras de tantos inmigrantes haitianos que viven en el Batey y riegan con su sangre la caña dulce de la República Dominicana.

*Quando los dominicanos de ascendencia haitiana se movilizaban para exigir el respeto de sus conucos y para pedir a los patronos del Ingenio azucarero que dejaran de destruir su fuente de vida, la Cruz parecía bailar al ritmo de los gritos de rabia de los campesinos despojados de su tierra.*

## 2. AL MARGEN DE LA LEGALIDAD, AL MARGEN DE LA HUMANIDAD

Pero ¿Qué son los Bateyes? Curiosamente, la palabra “batey” proviene del “taino” (*el idioma de los primeros habitantes de la Isla de Quisqueya y que ahora sirve de territorio para las naciones haitiana y dominicana*) y significa “terreno para jugar pelota”. Se necesitan enormes elucubraciones mentales para comprender cómo el terreno de juego se transformó en un pueblecito sin nombre repleto de chozas tartaleadas y de barracones insalubres. Los bateyes se encuentran en todas las regiones de la República Dominicana donde hay ingenios azucareros. Allí viven los inmigrantes haitianos y sus descendientes.

Los 18 bateyes del suroeste, situados en las provincias Bahoruco, Independencia y Barahona, dependen del Ingenio Barahona, que hasta el año 1999 estaba administrado por el Consejo Estatal del Azúcar (CEA), y que hoy en día está arrendado al Consorcio Azucarero Central cuyo principal accionista es la Familia Campollo, dueña del Ingenio Madre Tierra en Escuintla, Guatemala. La familia Campollo es bien conocida en Guatemala y hace parte de las diez familias más poderosas de América Central. En el informe de Monseñor Gerardi, obispo asesinado en Guatemala unos días después de la publicación de la Verdad en ese país, la Familia Campollo aparece como responsable de la desaparición de varios sindicalistas.

*Los bateyes son,  
sin lugar a duda,  
los lugares más  
miserables de la  
República  
Dominicana.*

Los bateyes son, sin lugar a duda, los lugares más miserables de la República Dominicana. En estos bateyes, la situación de miseria es extrema; durante cinco meses al año, la población vive de la cosecha de la caña de azúcar y durante los otros

meses, trata de sobrevivir buscando trabajo en las zonas cafetaleras o en las fincas de los campesinos dominicanos de los alrededores.

Uno de los principales problemas de la población de esta zona es la ausencia de legalidad. Al lado de los inmigrantes haitianos viven los descendientes de las primeras generaciones de picadores de caña. Esas personas nacieron en tierra dominicana y por lo tanto, según el artículo 11 de la Constitución dominicana, este sector tiene derecho a la nacionalidad dominicana. Sin embargo, por causa del color de su piel y de su origen haitiano, esas personas son consideradas como haitianas y, como muchas que no tienen documentos legales, viven con el constante miedo de ser expulsadas hacia Haití, país que no conocen.

Llama la atención el alto grado de analfabetismo existente en los bateyes, puesto que el 50.8% de las personas no lee ni escribe el español y el 93.84% no lee ni escribe el creóle, lo que revela una creciente desvinculación con la lengua materna entre los bateyeros de origen haitiano. Con respecto a los niveles educativos alcanzados, el 42% de las personas apenas pudo llegar al nivel primario, habiendo quedado el grueso de éstos entre primero y tercero de la primaria, con 12.99%, 11.06% y 10.07% respectivamente. En los bateyes, actualmente sólo el 39.97% de las personas asisten a algún centro educativo. De ese 39.97% que asiste a las escuelas, el 47.89% lo hace a escala primaria, frente a un 7.50% a escala secundaria y 1.88% a escala universitaria. Sólo 1.27% de la población de los bateyes participa en algún programa de formación técnica.

En cuanto a la situación económica de la población de los bateyes, la indefinición del estatus jurídico vulnera los derechos de las personas y las obliga a someterse a duras condiciones de trabajo con bajos niveles de salario. Debido a estos bajos ingresos, el trabajo en las plantaciones de caña lo realizan sólo los dominicanos de ascendencia haitiana y los braceros contratados por temporadas en Haití. De

acuerdo a una investigación realizada en el año 2000 por las organizaciones comunitarias de la zona cañera del suroeste, el 55.17% de la población residente en los bateyes obtiene ingresos mensuales inferiores a mil seiscientos cincuenta pesos (equivalentes a 57 dólares). El 22.71% de la población bateyera obtiene niveles de ingresos comprendidos entre los 1,680 y los 2,500 pesos dominicanos; en tanto que sólo el 6.25% de la población obtiene niveles de ingresos mensuales superiores a los cuatro mil pesos. El 80.98 de los ingresos mensuales obtenidos provienen del trabajo asalariado directo, en tanto que apenas el 11% proviene del cobro del plan de pensiones y jubilaciones.

La principal actividad económica de los residentes en el batey es el trabajo agrícola vinculado a la industria azucarera. El 22% de las familias dijeron tener como ocupación principal el trabajo doméstico. Existe además una amplia gama de actividades económicas que incluye jornalero, buhonero, carbonero, albañil, moto concho. Dentro de las actividades relacionadas con el ingenio, la más importante es la labor agrícola. Le siguen las labores relacionadas con el mantenimiento de las vías férreas, vigilancia, peso y transporte de la caña. La industria azucarera absorbe el 36.61% de la mano de obra fija empleada en los bateyes.

En relación con la salud, las condiciones de hacinamiento en que vive la población de los bateyes, la mala calidad del agua que se consume, la falta de sanitarios y el escaso nivel nutricional de la dieta básica provocan que la salud de los residentes sea muy vulnerable. Las principales enfermedades que afectan a la comunidad son el dengue, la malaria, las enfermedades de transmisión sexual y SIDA, la diarrea con desnutrición, vómitos, gripe, infecciones en la piel, paludismo y tífus.

La vivienda es uno de los problemas más sentidos en los bateyes, tanto por su pésimo estado como por la sensible escasez de la misma.

Los principales tipos de vivienda en un batey son: los barracones y cuartos dúplex (el 55.9% de 1000 viviendas). Las casas independientes constituyen sólo el 44.6 % de las viviendas. Tanto en las viviendas independientes como en los barracones, el hacinamiento por habitación es común. Los materiales predominantes en la construcción de las viviendas de los bateyes son el ladrillo y el cemento. Esto se debe a la existencia de una gran cantidad de barracones, construidos a inicios de la industria azucarera para dar acogida a los haitianos y otros extranjeros contratados anualmente. La realidad permite observar también la existencia de casuchas construidas a base de material plástico, cartón y otros elementos de desecho. Hay que señalar que la escasez de viviendas en los bateyes es tan fuerte que, a la llegada de los braceros haitianos contratados por temporada, frecuentemente las autoridades del Ingenio hacen desalojar a los viejos y a las familias dominicanas que ocupan las habitaciones de los barracones durante el tiempo muerto. No obstante, el barracón es la peor vivienda que existe en el batey, debido a la estrechez, la falta de privacidad, sus dimensiones y condiciones de hacinamiento, higiene y deterioro.

A partir del 1998, me tocó vivir en medio de esta realidad como encargado de la pastoral de los bateyes y de todos los inmigrantes haitianos de la Diócesis de Barahona. La casa parroquial ubicada en el Batey 5, más o menos en el centro geográfico de la parroquia, se transformó poco a poco en un lugar de acogida de decenas de niños, adolescentes, ancianos y enfermos. Pasé allá los mejores años de mi vida y me convencí que, si bien yo vivía en uno de los lugares más empobrecidos de la República Dominicana, el Señor de la Vida me había regalado la mejor parte.

*La casa parroquial ubicada en el Batey 5, más o menos en el centro geográfico de la parroquia, se transformó poco a poco en un lugar de acogida de decenas de niños, adolescentes, ancianos y enfermos.*

## El tráfico de seres humanos

No hacía falta ser sociólogo para darse cuenta que la realidad de los Bateyes estaba marcada por dos grandes problemas: la miseria y la discriminación. Esos dos males se transformaron en los dos ejes principales de toda la pastoral. Pero yo estaba consciente de que, para eliminar esos dos flagelos de la zona cañera del suroeste, había que contar con la gente. Mi reflexión sobre el misterio de la Cruz me había llevado a la convicción de que sólo las víctimas del pecado pueden transformar la realidad pecaminosa en algo nuevo y armonioso. Por lo tanto, traté de detectar los líderes naturales que florecen discretamente en cada comunidad para ganar su confianza y entrar con ellos en un proceso de formación y de concienciación.

Al recibir en mi casa decenas y decenas de inmigrantes haitianos, al escuchar sus problemas y al informarme de la larga caminata que hicieron para llegar al Batey, entendí que la raíz de su sufrimiento se encontraba en la forma cómo fueron reclutados para el corte de la caña. Entonces, me puse a recorrer los montes fronterizos para ver con mis propios ojos la llegada de esas personas hambrientas de vida. Es así como después de mucho caminar llegué al Aguacate, no muy lejos de Puerto Escondido, un pueblo ocultado en una pequeña meseta olvidada entre las montañas que separan los dos países de la Isla. Ubicado a 12 kilómetros de la ciudad de Duvergé, esta localidad sirve de almacén de braceros. El lugar de alojamiento suele ser una enramada donde los traficantes dejan su precioso cargamento humano para retirarse de nuevo en busca de otros brazos baratos. Según los testimonios de varios niños haitianos residentes en Puerto Escondido, cada semana un tal Tchong organiza varios “*bid*”, es decir, traslados de haitianos desde la frontera hasta el interior del país. Cada uno de esos “*bid*” cuenta con más de cuarenta viajeros clandestinos. Una tarde, me tocó pasar unas horas con un grupo de más de 100 traficados. Se sorprendieron al verme llegar pero se tranquilizaron rápidamente

pensando que era parte de los organizadores de viajes clandestinos. Me di cuenta que ninguno sabía lo que realmente le esperaba en la República Dominicana. Los traficantes les habían descrito la República Dominicana como un verdadero paraíso donde iban a ganar una fortuna en pocos días. Estaban amontonados debajo de los arbustos y la mayoría sonreía soñando con un futuro dorado. Me explicaron cómo su paso por la frontera fue facilitado por militares dominicanos.

*Algún día, todas las víctimas del tráfico de seres humanos se levantarán y hablarán. Aquel día, el Dios de la Vida “infundirá su Espíritu y todos los caídos de esta Isla volverán a vivir”*

Pero muchas cosas raras ocurren en ese rincón escondido. El mismo día de mi visita al Aguacate, un viajero indocumentado llamado Crisnor Delmay, me explicó cómo por esos mismos montes, él se había encontrado por casualidad con dos cadáveres de sus colegas parcialmente devorados por los perros. Las dos cabezas quedaban intactas y tenían marcas de bala.

¿Cuántas cabezas no estarán pudriéndose por los montes de la frontera? Algún día, todas las víctimas del tráfico de seres humanos se levantarán y hablarán. Aquel día, el Dios de la Vida “infundirá su Espíritu y todos los caídos de esta Isla volverán a vivir”, tal como lo anunció el Profeta Ezequiel.

La idea de que seres humanos morían como perros en los montes me persiguió. Un día, me llegó la noticia de que varias personas habían perdido la vida no muy lejos de la frontera. Varios traficantes les habían abandonado en el desierto cuando vieron que sus clientes se debilitaban por el sol y las dificultades de la caminata. Junto con dos amigos, Emilio y Eusebio, y con una muchacha llamada Sonia, nos pusimos en marcha para encontrar

los restos de esas personas. Sonia había sido víctima de los traficantes y en el camino había perdido dos de sus hijas, Miledy de 3 años y Mimise de 6 meses, y su prima Julienne Innocent . Ella nos servía de guía. Para decir la verdad, nos costó mucho esfuerzo llegar al lugar donde descansaban para siempre la joven Julienne Innocent y las dos niñas. Tuvimos que salir de la casa curial a las 4 de la madrugada y después de dos horas de viaje en la camioneta de la parroquia, tuvimos que caminar a pie durante 5 horas antes de encontrarnos con los cadáveres. La caminata parecía un largo vía crucis. Por el color rojo de la tierra yo tenía la impresión que el sendero estaba manchado con la sangre de todos esos hombres y mujeres que pasaron por allá en busca de bienestar. No podía dejar de pensar en esta multitud de pobres que cada año arriesgan su vida por esos montes fronterizos....

Por fin descubrimos uno de los tres cadáveres en estado de putrefacción: eran los restos de Julienne:

*¡Oh Dios, lleno de amor, tú conoces a Julienne, cuyos restos yacen en estos montes áridos. Tú sabes que ella buscaba la vida. Tú conoces todos los sufrimientos que ella pasó. Tú sabes que ella te amó con todo su corazón. Te pedimos que la recibas en tu casa donde hay alegría, paz y descanso!*

Ésas son las pocas palabras que logré pronunciar frente al cadáver de una muchacha haitiana que había soñado con conseguir la vida en la República Dominicana y que encontró la muerte en los montes de Pedernales. Al terminar la oración, bendije unas cuantas gotas de agua que nos quedaban y las regué sobre ese templo humano en ruinas. Bendecía a la vez estos montes, donde varios cuerpos humanos descansaban entre las piedras y los cactus. ¡Encontrarse en medio del desierto y regar con agua bendita los cuerpos de personas muertas de sed! ¿Habrá alguna señal que exprese con mayor intensidad nuestra fe en la Vida? Eusebio y Emilio fabricaron una cruz con dos ramas que encontramos cerca del cuerpo de Julienne y la plantaron allí, delante del cuerpo. Sobre una hoja de mi cuaderno escribí el nombre

de la difunta y su edad. La amarré sobre la cruz y nos pusimos a contemplar la imagen de esta inmensa tragedia humana. Tenía ganas de gritar... sólo lloré... También lloraron los compañeros de caminata.... En sus conversaciones con nosotros Sonia declaró que, durante su caminata por los montes, había visto los cadáveres de otras tres personas a la orilla del camino. De hecho, después de mi denuncia por la prensa dominicana, una comisión gubernamental hizo el recorrido infernal y encontró el cadáver de Julienne, las dos cabezas de Mimise y Miledy y los restos mortales de otros siete inmigrantes.

¡Que los traficantes de seres humanos sean juzgados y condenados según la ley para que puedan descansar en paz todos esos hermanos y hermanas que murieron en los montes de nuestra frontera, mientras buscaban la vida! Tal fue la resolución que tomamos después de ese terrible recorrido por el desierto fronterizo. Unas semanas después, con las organizaciones comunitarias de los bateyes, logramos agarrar uno de esos traficantes y someterlo delante de un tribunal dominicano. Fue condenado a tres años de cárcel pero al día siguiente empezaba la persecución: uno de los diarios de más circulación nacional me acusaba de ser el cabecilla de todos los traficantes haitianos.

### 3. VIVIENDO EN EL INFIERNO

La vida del picador de caña se parece probablemente al infierno: mal pagado, alojado como si fuera un animal doméstico y constantemente maltratado. Al entrevistar 815 trabajadores de la caña, 293 declararon que habían

*¡Que los traficantes  
de seres humanos  
sean juzgados y  
condenados según la  
ley para que puedan  
descansar en paz,  
todos esos hermanos  
y hermanas que  
murieron en los  
montes de nuestra  
frontera, mientras  
buscaban la vida!*

recibido fuetazos. Entonces, una pregunta surge a la mente: ¿Por qué se quedan en ese infierno? Yo no lograba responder hasta que me encontré con Sainte Helene. Esta muchacha de 22 años dejó Haití para acompañar a su compañero. Ambos vivían en uno de los barracones de la compañía azucarera. Desde las 5 de la madrugada hasta las 6:00 de la tarde, el marido de Sainte Helene movía el machete en los cañaverales. Pero un día, no regresó del trabajo. En la mañana siguiente, encontraron su cadáver en medio de la caña dulce. Sin ninguna investigación, la policía detuvo Sainte Helene unas horas antes del entierro. Llamé a las autoridades judiciales y les dije que el cuerpo del picador no sería inhumado sin la presencia de la esposa. Por fin, Sainte Helene llegó delante del ataúd de su compañero. Enloquecida por el dolor, se tiró en el piso y se transformó en polvo. Después del entierro, acogí Sainte Helene en la casa curial. Se llevó todos sus bienes: tres gallinas, una olla y unos cuantos trapos. Estaba embarazada y le propuse llevarla a la casa de sus padres para que diera a luz en buenas condiciones. Todo estaba listo para el viaje. Pero en el último momento, Sainte Helene se negó a subir en el vehículo: “*¡cuando, en Haití, me van a ver llegar, van a reír de mí!*”. Entonces entendí por qué esas personas nunca regresaban a su tierra: para pagar el viaje hacia el “paraíso” dominicano, habían vendido todo lo que tenían. Lo único que les quedaba era la cara. Se quedaban en el infierno para no perder la cara.

*Lo único que les quedaba era la cara. Se quedaban en el infierno para no perder la cara.*

La misma conclusión pude sacar de la historia de Banave, un adolescente de 14 años. Él era uno de los hijos de hungan (*sacerdote de la religión vudú*). Al finalizar una celebración en honor a los espíritus de la Madre Africa, un traficante se acercó a Banave y le convenció que en la República Dominicana, iba a ser millonario. De madrugada, Banave y otro adolescente,

siguieron al individuo que, después de una larga caminata, les abandonó en medio de los cañaverales. A Banave y su compañero, no les quedó otro remedio que de incorporarse en el ejército de picadores de caña. Un día, Banave llegó a mi casa en busca de ayuda. No podía seguir moviendo el machete. Le dije que podía ayudarlo a regresar a su casa. Me respondió que sólo iría a su casa el día que tendría dinero suficiente para comprar ropa nueva. Entonces, un viejo haitiano que estaba escuchando la conversación, tomó la palabra: *“muchacho, como tú, llegué aquí con la misma idea. Ahora tengo 50 años en este infierno y todavía no he podido comprar una nueva camisa para regresar a mi casa...”*

Cadenas invisibles mantienen a esos hombres firmemente amarrados al Batey. Para liberarlos de esas cadenas, había que ayudarles a salvar la cara. Entonces, cuando algunos picadores mostraban señales de querer regresar a su tierra, les ofrecía una camisa y un pantalón nuevos para que puedan presentarse ante sus familiares con dignidad. Poco a poco decenas de picadores se escaparon del batey y se refugiaron en la casa curial.

Era casi la medianoche. El batey 5 estaba dormido y sólo se oía el ruido de los camiones del Ingenio que todavía cargaban la caña dulce. Ese domingo desde muy temprano, ocho jóvenes haitianos se habían escapado de los barracones del Batey 9 y se habían refugiado en la casa curial esperando el amanecer para regresar a su tierra natal. Habían cruzado la frontera en el inicio del mes de abril. Llenos de ilusiones, habían sacrificado sus escasos ahorros para pagar al buscón que, después de muchas peripecias, les había guiado hasta el Batey 9, donde los había abandonado sin decir nada. Pacientemente, habían esperado el inicio de la zafra para empezar a ganar algo de dinero. Pero después de 10 días de arduo trabajo, habían cobrado apenas 200 pesos cada uno.

Yo pensaba que mis ocho visitantes estaban dormidos en la sala transformada en refugio y dormitorio. A las 11 de la noche habíamos comido juntos un pan casero preparado por Cristiani, una señora haitiana del Batey 9. La cena se había celebrado en un silencio casi absoluto bajo la mirada del Cristo negro que colgaba de la pared del comedor. Después de esta cena, los huéspedes se habían retirado a su habitación y yo me había puesto a leer algunos documentos en la oficina.

De repente, oí un murmullo que se hizo cada vez más intenso y se transformó poco a poco en una melodía melancólica: Canès, André, Danys, Yvan, Gérard, Joel, Dieuseul y Claude estaban despidiéndose del día con una oración dirigida al único Pastor.

Entonces, me retiré en el pequeño oratorio de la casa curial y desde allí escuché su oración:

*El Señor es mi Pastor, nada me falta.  
A verdes pastos me lleva a reposar  
y a donde brota agua fresca me conduce...*

Yo no podía creer lo que oía: esos ocho jóvenes habían pasado hambre durante casi dos meses. La ropa que se habían llevado desde Haití había sido robada por los militares dominicanos durante la caminata por los montes fronterizos. No habían tenido la posibilidad de contactar a los miembros de su familia para decirles que habían llegado sanos y salvos a la República Dominicana.... Y se atrevían a decir con convicción que “*nada les faltaba*”.

Habían sido amontonados en barracones insalubres. ¡Hasta 21 hombres en una sola habitación! Durante un mes y medio habían tenido que acostarse en camas de hierro, sin colchón. Nunca pudieron descansar de verdad. Durante las noches con apagones habían tenido

que soportar el ruido de las piedras tiradas sobre el techo del barracón por tigres del batey, interesados en hacerles la vida imposible... y ahora se atrevían a decir que *“El Señor les lleva a reposar a verdes pastos”*.

Habían tenido que bañarse en los canales de los cañaverales donde el agua está contaminada por el abono y el herbicida que el Ingenio aplica a la caña. Varios de ellos habían tenido el cuerpo cubierto de pelotas. Habían tenido que hacer sus necesidades fisiológicas en los cañaverales porque los barracones no disponen de letrinas... y ahora se atrevían a decir que *“El Señor les conduce donde brota agua fresca”*.

Durante su estancia en el batey habían sido constantemente vigilados por serenos y guardianes que les habían tratado como animales. A las 4 de la mañana ya los despertaban para ir al trabajo y los regresaban después de las 5 de la tarde. ... Y ahora proclamaban que *“El Señor es su pastor”*.

La oración duró un poco más de media hora y después el silencio absoluto invadió la casa curial del Batey 5. Antes de las 6:00 a.m. los ocho jóvenes estaban en el patio esperando la salida. Me llamó la atención la sonrisa de los tres más jóvenes: Danys Vilamar de 16 años de edad, Yvan Tijeune de 17 y Dieuseul Téophile de 16. Eran niños. Habían sido comprados y vendidos como chivos. Después de la pesadilla de los cañaverales, ya estaban pensando en el encuentro con sus padres y sus hermanos. Joel Fortuné también sonreía. Los cinco últimos días los había pasado acostado, temblando de fiebre. Yo le había propuesto llevarlo a un médico, pero me había respondido que su enfermedad no

*A las 4 de la mañana  
ya los despertaban para  
ir al trabajo y los  
regresaban después de  
las 5 de la tarde. ... Y  
ahora proclamaban que  
“El Señor es su pastor”.*

*Sólo desde los  
crucificados, se puede  
percibir que el mal  
no tendrá la última  
palabra, sólo desde la  
Cruz, se puede  
encontrar a Dios,  
sólo desde la cruz,  
se puede palpar  
la esperanza.*

era de médico: quería volver a Haití para estar con sus dos hijos y su esposa y este deseo lo paralizaba. Canès Delia no dejaba de mirarme: “Es que usted es el único que nos trató como gente aquí en la República Dominicana”, me dijo tranquilamente.

Y arrancamos hacia Jimaní, hacia la frontera. Al llegar al portón donde termina el territorio de la República Dominicana, nos despedimos... y yo tomé de nuevo el camino del Batey. Entre los cactus que adornan el paisaje árido del suroeste, pensé constantemente en los ocho jóvenes haitianos que acababa de dejar. Pensé en su fe inquebrantable en el único Pastor. Me convencí que sólo desde el dolor se puede tocar el amor gratuito de Dios. . Como lo escribe Gustavo Gutiérrez en su libro “*Hablar de Dios desde el sufrimiento del inocente*”, “*el amor gratuito de Dios hará que Dios convierta siempre el valle de desgracias en paso de la esperanza*”. Sólo desde los crucificados, se puede percibir que el mal no tendrá la última palabra, sólo desde la Cruz, se puede encontrar a Dios, sólo desde la cruz, se puede palpar la esperanza.

La casa curial del Batey 5 sirvió también de lugar de acogida para picadores de caña enfermos. Varios de ellos emprendieron su último viaje desde ese hogar. Tal fue el caso de Saintilien Turin.

El Vivía en Petit-Goave, a unos 100 kilómetros de Puerto Príncipe. Tenía dos hijos que lograba sostener gracias a un “tap-tap”, uno de esos taxis haitianos adornados con imágenes de santos y escenas de la Sagrada Escritura. Pero un día se endeudó y le amenazaron con quitarle su vehículo si no pagaba

rápidamente los 6,000 pesos que debía. Es así como Saintilien vendió el puerquito que tenía reservado para cualquier emergencia, entregó el dinero de la venta a un traficante que después de una larga caminata por los montes fronterizos lo trajo al Batey 6, a unos 25 kilómetros de la ciudad de Barahona, en el Suroeste de la República Dominicana. El plan de Saintilien era cortar caña durante tres o cuatro meses y, con el dinero ganado, regresar a su tierra natal para pagar la deuda. Con sus 50 años de edad, el chófer de taxi nunca había agarrado un machete; de repente, se encontró en medio de ese mar verde de caña y se fajó como loco para poder regresar rápidamente a su Haití querida. Cada noche, en el barracón, acostado en una de esas camas oxidadas y sin colchón, acompañado por otros seis picadores de caña, rodeado de mosquitos agresivos, Saintilien soñaba con su familia que él había dejado en Petit-Goave.

Pero después de una semana en tierra dominicana, Saintilien fue sacudido por una fiebre repentina y empezó a toser de una forma rara. Acudió a la casa curial ubicada de donde fue llevado al dispensario. Después de realizar los exámenes necesarios, el médico diagnosticó que a Saintilien le quedaban muy pocos días de vida. Me tocó anunciar la noticia a Saintilien. Pasé un buen rato delante de la cruz buscando ayuda con el Señor de la Vida. Y después conversé con Saintilien. Cuando terminé de hablar, Saintilien me miró en los ojos y un largo silencio nos tejió con hilos invisibles. Entonces, sólo le dije: *“Dios es el dueño de la vida...El te ama con un amor loco... Vamos a estar juntos y vamos a rezar mucho. ¡El es el único que sabe!”* Los ojos de Saintilien brillaban como las estrellas en un cielo negro. Movié la cabeza apoyando mis palabras y se retiró a su habitación.

En la casa curial vivían más de 25 personas: huérfanos y huérfanas, viudos, enfermos, niños de la calle, refugiados, picadores de caña menores de edad. Todos eran haitianos o de ascendencia haitiana. Al darse cuenta de que el estado de salud de Saintilien se deterioraba

rápidamente, trataron de hacer todo lo posible para acompañarle. Lovanice, un refugiado político haitiano de 18 años se encargó de bañar diariamente a Saintilien y de administrarle la medicina. Otros habitantes de la casa le llevaban la comida y limpiaban su habitación... Al sentirse cada vez más débil, Saintilien expresó el deseo de regresar a su pueblo natal para morir allí al lado de su mujer y de sus hijos. Hicimos las diligencias necesarias para poder trasladar a Saintilien del otro lado de la frontera, pero la situación de inseguridad en el país vecino impidió que se pudiera mover al enfermo.

Saintilien había sido bautizado en la Iglesia católica y se había convertido al protestantismo durante su juventud. Sin embargo, aceptó con mucho gusto que yo le administrara el sacramento de los enfermos. Aquella noche, los habitantes de la casa curial rodearon a Saintilien ya que Lovanice había instalado en una mecedora cerca de la cama. El enfermo lucía radiante. “*Papa, mwen remèt lespri mwen nan men ou. Papa, anye, mwen remèt lespri mwen nan men ou...*” (“Padre, yo entrego mi espíritu en tus manos. ¡Oh! Padre, entrego mi espíritu en tus manos...”). Con esa canción empezamos la celebración. Unos veinte pares de ojos miraban a Saintilien que parecía cada vez más sereno. Cada uno expresó una oración para el enfermo, para su familia o para Haití. Al marcar el cuerpo desecho del enfermo con el óleo tuve la impresión de tocar al Crucificado mismo. Y al imponerle la mano sobre la cabeza sentí que los hilos invisibles que había empezado a tejer se consolidaban aún más. De repente, la habitación de Saintilien se transformaba en un hermoso templo adornado con la vida misma.

Tres días después, en la madrugada de un sábado de lluvia, Saintilien emprendió su último viaje: sin ruido, se fue al país sin sombrero (así llaman los haitianos al más allá). Lo velamos como a un hermano. Unos 50 picadores de caña rodearon el ataúd gris y tocaron el tambor alrededor de los restos mortales de su compañero de trabajo. Como Saintilien había deseado morir en su país natal,

deposité una bandera haitiana sobre la caja. Los huérfanos y otros habitantes de la casa curial celebraron la vida de Saintilien con cantos... La vigilia fúnebre se convirtió en una verdadera fiesta. El tambor no se cansó de resonar en la enramada donde se estaba velando el difunto, las velas parecían bailar y el crucifijo de madera colgado arriba del ataúd parecía abrir sus brazos para acoger al chofer de taxi haitiano. Antes de llevar los restos mortales de Saintilien al cementerio, todos nos dimos la mano y formamos una inmensa cadena de hermandad alrededor del ataúd para entonar el canto de adiós.

*Para estos  
pobres de la  
tierra, la muerte  
es sólo un paso  
hacia la Vida y  
el viaje hacia la  
casa del Padre  
debe celebrarse  
con alegría.*

El cuerpo de Saintilien fue llevado al cementerio de Tamayo, la ciudad vecina, por unos 25 picadores de caña y una delegación de los habitantes de la casa curial. Al entrar al campo santo, los 4 trabajadores que cargaban el ataúd empezaron a bailar. Entre tumbas y tumbas, todos empezaron a cantar y a bailar hasta llegar al hoyo preparado para recibir el cuerpo del difunto. Para estos pobres de la tierra, la muerte es sólo un paso hacia la Vida y el viaje hacia la casa del Padre debe celebrarse con alegría.

#### 4. DESPEDIDAS

Acompañar las víctimas de las industrias azucareras, ayudarles a organizarse y hacer oír su voz tuvo su precio. El 17 de noviembre del 2005, salía de la República Dominicana. Salía de este país forzado por una situación que se ponía cada vez más tensa y peligrosa. Salía con un dolor intenso en el corazón, pues había pasado allí toda mi juventud y los mejores años de mi vida. Las últimas semanas en los Bateyes fueron cargadas de momentos

sumamente intensos. Las amenazas y las calumnias se multiplicaban. Pero más el peligro se intensificaba, más me sentía cercano al Maestro. El había dicho de cargar con la cruz y de seguirlo. Sin embargo, tenía la impresión que él me cargaba en sus brazos y que la cruz que me tocaba llevar se ponía cada vez más ligera.

Los últimos días, los pasé en el patio de la casa curial contemplando la Cruz y el Pan Consagrado. A cada rato, los numerosos habitantes de la casa curial me rodeaban y en silencio se unían a mi contemplación. Varias veces durante esos días preñados de dolor repetía a los huérfanos que había acogido: “nada puede separar a los que se aman de verdad, ni la distancia, ni el tiempo, ni la muerte”. A Luckner, este niño de 12 años que había perdido y que encontré tembloroso en medio de los cañaverales, le hacía repetir que nunca permitiera el odio invadir su corazón porque el odio es una enfermedad que provoca la muerte. “Se puede medir la grandeza de una persona por su capacidad de perdonar”, le decía varias veces al día. Más que los demás, Luckner estaba perturbado por la campaña llevada a cabo contra mi persona y a cada rato expresaba su deseo de venganza. Caries, un picador de caña anciano, me daba mucha pena. Un año y medio antes, lo había encontrado acostado en la calle del Batey 9 y lo había transportado a la casa curial. Había perdido su mujer y sus hijos en las inundaciones del 24 de mayo de 2004 y quería morir en mi casa. Cuando supo que yo me iba sin posibilidad de regresar, él dejó de comer con la finalidad de morir antes de mi viaje. Me costó convencerle que, en Haití lo esperaba Sor Claudette y que ella tenía una habitación para él en su asilo de ancianos. Samy, un picador de caña de 23 años vivía conmigo desde la semana santa del 2004. Se había enamorado de Josefina, otra muchacha sobreviviente de la tragedia de Jimaní. La víspera de mi salida, se casaron en la enramada de la casa curial. En la celebración del matrimonio, sólo participaron una docena de inmigrantes y Susana y José, una maravillosa pareja de misioneros laicos que se enamoraron

de la pobre gente de los Bateyes. En medio de la sencillez, rodeado de tantos sufrimientos, el amor brillaba como la luna llena en una noche oscura. ¡Fue el matrimonio más hermoso de toda mi vida sacerdotal! ¡Nunca había sentido tanto que lo único que vale la pena en esta caminata por la tierra es el Amor!

En los últimos meses, los golpes recibidos me ayudaron a vivir la Eucaristía de una manera muy especial. De hecho, en el momento de la consagración, yo tenía la impresión de ofrecer los sufrimientos del mundo entero y no lograba pronunciar las palabras de la consagración sin estallar en lágrimas.

¡Llegó la madrugada del 17 de noviembre! Pasamos toda la noche conversando entre amigos y amigas. Tratamos de estrechar los vínculos de amistad que nos unían. Yves y Dot habían viajado de Haití para pasar conmigo las últimas horas. Mis compadres Manuel y Neurys estaban allí recordando el pasado y apoyándose con su ternura. Jesúsnoord, un huérfano de 15 años no se cansaba de llorar... Se podía palpar la presencia infinita de la Cruz. Ese momento de profundo dolor fue sin duda un tiempo de Gracia... Después hubo el viaje hacia el aeropuerto, el apoyo incondicional de Román, mi superior, la presencia de decenas de periodistas acechándome, las llamadas telefónicas de Eusebio, Elifet y Sonia que provocaron mis llantos...

## 5. LO ESENCIAL

Ahora me encuentro en Zambia, la tierra de Sebastián Lemba, el gran líder de los esclavos africanos que, en 1550, regó la isla de Quisqueya con su sangre en la lucha por la libertad. Más que nunca, me siento íntimamente unido a todos los

*¡Nunca había  
sentido tanto que  
lo único que vale  
la pena en esta  
caminata por la  
tierra es el  
Amor!*

exilados del mundo que, cada día, se hacen presentes delante de la Cruz. Medito especialmente las palabras llenas de sabiduría del Dalai-Lama. El perdió su país, pasó la mayor parte de su vida en exilio, su pueblo fue torturado y masacrado, los templos fueron arrasados, su país saqueado. Y se atreve a escribir: “En la destrucción de mi país, no hay ningún motivo de alegrarse. Sin embargo, me he enriquecido muchísimo por el contacto con otros pueblos, otras religiones, otras culturas, otras ciencias. Encontré formas de libertad y visiones del mundo que no conocía”. Este sabio, este hombre de Dios me ayuda a asumir el sufrimiento y a seguir al pie de la Cruz aquí en Africa..

Por cierto, estos años vividos con los inmigrantes haitianos en la República Dominicana me han ayudado a descubrir que lo esencial es invisible para los ojos, me han ayudado a ver que la Cruz es el centro de la Vida y que más uno se acerca a ella, más uno contempla la cara radiosa del Buen Dios que construye su Reino desde los pequeños de la sociedad.

*El Padre Pierre Ruquoy, de origen belga, es miembro de la Congregación del Inmaculado Corazón de María y cumplió 30 años de servicio religioso en República Dominicana. Es especialista de la Biblia y ejerció la docencia en el Instituto de los Dominicos de la Zona Colonial de Santo Domingo. Fue fundador de la agencia de noticias dominico haitiana Centro Puente y de Plataforma Vida. Fue director de Radio Enriquillo y párroco de la Parroquia San Martín de Porres en la Provincia Baboruco. Trabajó durante más de 10 años en los bateyes del Sur de la República Dominicana, labor por la cual se vio obligado a salir del país en el 2005. Actualmente trabaja en Zambia, Africa del Sur.*